

so... Pero, Marqués... difícil, difícil de creer se me hace que uno solo de ellos merezca crédito. ¿Quién la acusa?... Si ella... si fuese capaz de caer tan bajamente en el abismo de la deshonra... ¡oh! ¿cuánto más he de acariciar la idea de que una Éboli la calumnie? ¿El fraile no la aborrece, como á mi hijo? ¿Ignoro yo acaso que el Duque de A ha ansía vengarse? Mi esposa vale más que todos ellos.

EL MARQUÉS.—Hay algo, señor, en el alma de la mujer, que la eleva sobre todas las apariencias y sobre todas las calumnias... y se llama la virtud de su sexo.

EL REY.—Sí; es lo mismo que yo digo. Cuesta mucho caer tan bajo como dicen que la Reina ha caído. Los sagrados vínculos del honor no se rompen tan fácilmente, como intentan persuadímelo. Conocéis el corazón humano, Marqués. Me hace falta hace tiempo un hombre de vuestra condicion; sois bueno, cándido, y conocéis la naturaleza humana; sin embargo... por esto os he elegido.

EL MARQUÉS. (Sorprendido y asustado.)—¿A mí, señor?

EL REY.—Os habéis visto ante vuestro Soberano, y nada habéis pedido para vos... nada... Esto es nuevo para mí... Seréis juez... La pasión no os extraviará. Acercaos á mi hijo; sondead el corazón de la Reina. Os daré plenos poderes, para que habléis con ella en secreto. ¡Y ahora dejadme! (Llama.)

EL MARQUÉS.—Si puedo llevar conmigo una esperanza colmada... este es el día más feliz de mi vida.

EL REY. (Que le da á besar su mano.)—No es tampoco día perdido para mí. (El Marqués se levanta, y se va; el Conde de Lerma llega.) Ese caballero entrará aquí en adelante, sin necesidad de ser anunciado

---

## ACTO IV.

### ESCENA PRIMERA.

Salón de la Reina.

LA REINA, LA DUQUESA DE OLIVARES, LA PRINCESA DE ÉBOLI, LA CONDESA DE FUENTES y otras damas.

LA REINA. (Al levantarse, á la camarista mayor.)—¿No se ha encontrado la llave?... Entonces es menester romper la cajita, y al instante. (A la Princesa de Éboli, que se acerca á ella, y le besa la mano.) Bien venida seáis, querida Princesa. Me alegro de veros mejor... aunque todavía muy pálida.

LA CONDESA DE FUENTES. (Con malicia.)—La culpa la tiene esa fiebre maligna, que ataca tan extremadamente á los nervios. ¿No es verdad, Princesa?

LA REINA.—Mucho he deseado visitaros, amada mía, pero... no me he atrevido.

LA DUQUESA DE OLIVARES.—Compañía, por lo menos, no ha faltado á la Princesa de Éboli...

LA REINA.—Lo creo, lo creo. ¿Qué tenéis? ¿Tembláis?

LA PRINCESA DE ÉBOLI.—Nada... nada enteramente, Reina mía. Os pido permiso para retirarme.

LA REINA.—¿Nos ocultáis acaso, que os halláis peor de lo que aparentáis? Os sentará mal estar de pie. Ayudadla, Condesa, á sentarse en este taburete.

LA PRINCESA DE DE ÉBOLI.—Mejor me sentará el aire libre.  
(Vase.)

LA REINA.—Seguidla, Condesa... ¡Qué mudanza! (Entra un paje, que habla con la Duquesa, la cual se vuelve en seguida hacia la Reina.)

LA DUQUESA DE OLIVARES.—El Marqués de Posa, señora... viene de parte de S. M. el Rey.

LA REINA.—Que entre. (Vase el paje, que abre la puerta para que entre el Marqués.)

### ESCENA II.

LOS MISMOS, Y EL MARQUÉS DE POSA. El Marqués dobla una rodilla ante la Reina, que le hace señal de levantarse.

LA REINA.—¿Qué manda mi Rey? ¿Puedo yo públicamente...?

EL MARQUÉS.—Mi orden se dirige á V. M. sola. (Alejanse las damas á una señal de la Reina.)

### ESCENA III.

LA REINA Y EL MARQUÉS DE POSA.

LA REINA. (Muy admirada).—¿Cómo? ¿Me fiaré yo de mis ojos, Marqués? ¿Venís de parte del Rey?

EL MARQUÉS.—¿Tan extraño parece á V. M.? A mí no.

LA REINA.—El mundo, pues, ha variado en su carrera. Vos y él... debo confesar...

EL MARQUÉS.—¿Que parece raro? Es posible. Los tiem-

pos actuales han de ser testigos de mayores portentos.

LA REINA.—¿Mayores? Lo dudo.

EL MARQUÉS.—Supongamos que me he dejado seducir al cabo... cansado quizás de representar en la corte de don Felipe un papel original. ¿Original? ¿Qué significa esto? El que desea ser útil á los demás hombres, ha de procurar ante todo asemejarse á ellos. ¿Para qué sirve el disfraz orgulloso del sectario? ¿Supondremos... que haya alguien tan libre de vanidad, que no aspire á ganar prosélitos de su creencia? ¿Y si admitimos que yo intento elevar á la mía sobre el trono?

LA REINA.—¡No!... ¡No, Marqués! No quisiera, ni aun en broma, atribuirnos un propósito tan poco meditado. No sois un visionario, capaz de acometer empresas de éxito funesto.

EL MARQUÉS.—Esa sería la cuestión precisamente.

LA REINA.—Lo que yo pudiera sospechar, á lo más, Marqués... lo que en vos casi me extrañaría... es... es...

EL MARQUÉS.—¿Duplicidad? Es posible.

LA REINA.—Disímulo, á lo menos. El Rey, probablemente, no querrá que me digáis lo que os proponéis decir.

EL MARQUÉS.—No.

LA REINA.—¿Y la buena causa podrá justificar todos los medios? ¿Será loable... ¡perdonadme esta duda!... que vuestro noble orgullo lo consienta? Apenas lo creo.

EL MARQUÉS.—Ni yo tampoco lo creería, si se tratase sólo de engañar al Rey. Pero no es ése mi propósito. Intento servirlo más honradamente de lo que él mismo desea.

LA REINA.—Ya os reconozco, y basta de este asunto. ¿Qué hace?

EL MARQUÉS.—¿El Rey?... Según parece, pronto será vengado de vuestra severa censura. Lo que yo no me apresuro á contar á V. M., á lo que juzgo, V. M. tiene menos..

menos afán en saberlo... Es menester, sin embargo, que lo sepáis. El Monarca os suplica que no deis hoy audiencia al Embajador de Francia. He aquí mi comisión. Ya está hecha.

LA REINA.—¿Y esto es todo lo que me tenéis que decir de su parte, Marqués?

EL MARQUÉS.—Sobre poco más ó menos, lo que justifica mi presencia aquí.

LA REINA.—Me decido al fin á ignorar de buen grado lo que debe ser un secreto para mí...

EL MARQUÉS.—Y así debe ser, señora... Á la verdad, si no fuerais lo que sois, me apresuraría á rogaros que os guardaseis de ciertas cosas, y que os precavieses de ciertas personas... Pero con V. M. no es necesario. El peligro puede cercaros á cualquiera hora, sin que lo notéis. Todo ello no merece turbar el sueño angelical de nadie. No es esto, pues, lo que me trae. El Príncipe Carlos...

LA REINA.—¿Cómo lo dejasteis?

EL MARQUÉS.—Como al solo sabio de su tiempo, á quien está prohibido adorar la verdad; y tan decidido á morir por el objeto de su amor, como el sabio por el suyo. Poco tengo que deciros de su parte... pero aquí... aquí habla él mismo. (Da una carta á la Reina.)

LA REINA. (Después de leerla.)—Es preciso que me hable, según dice.

EL MARQUÉS.—Yo también lo digo.

LA REINA.—¿Podrá deleitarle saber por sí mismo que yo no soy feliz?

EL MARQUÉS.—No... pero se hará más activo y más resuelto.

LA REINA.—¿Cómo?

EL MARQUÉS.—El Duque de Alba ha sido nombrado gobernador de Flandes.

LA REINA.—Así me lo han dicho.

EL MARQUÉS.—El Rey no se retracta jamás. Conocemos bien á S. M. Pero es verdad también que el Príncipe no puede permanecer aquí... Aquí no... de ninguna manera... y Flandes no ha de ser sacrificada.

LA REINA.—¿Sabéis algún medio de impedirlo?

EL MARQUÉS.—Sí... quizás... El remedio es casi tan peligroso como la enfermedad. Es temerario como la desesperación... Sin embargo, no se me ocurre otro.

LA REINA.—¡Decídmelo!

EL MARQUÉS.—A V. M., sólo á V. M. oso yo revelarlo. Sólo de vuestros labios puede oírlo Carlos sin horrorizarse. El nombre que ha de llevar, sin duda... es un poco repugnante...

LA REINA.—Rebelión...

EL MARQUÉS.—Es preciso que desobedezca al Rey, y que vaya en secreto á Bruselas, en donde le esperan los flamencos con los brazos abiertos. Todos los Países Bajos se levantarán al saberlo. El hijo del Rey aumentará la fuerza de la buena causa, y con sus armas hará temblar el Trono español. Lo que su padre le niega en Madrid, habrá de concedérselo en Bruselas.

LA REINA.—¿Le habéis hablado hoy, y es eso lo que deseáis?

EL MARQUÉS.—Porque hoy mismo le he hablado.

LA REINA. (Después de una pausa.)—El plan, que proponéis, asusta... aunque al mismo tiempo me encanta... Parece que tenéis razón... La idea es atrevida, y creo que por eso me agrada. Lo meditaré. ¿Lo sabe el Príncipe?

EL MARQUÉS.—Con arreglo á mi plan, ha de saberlo primero por vuestro conducto.

LA REINA.—¿Sin disputa! La idea es grandiosa... Aunque la juventud del Príncipe...

EL MARQUÉS.—No importa. Allí le ayudarán un Egmont y un Orange, los bravos generales del Emperador Carlos, tan

prudentes en el consejo como temibles en el campo de batalla.

LA REINA. (Con animación.)—¡No! ¡La idea es bella y grande!... El Príncipe ha de trabajar. Lo conozco bien. El papel, que se le hace representar en Madrid, me disgusta porque lo rebaja... Yo prometo que Francia le ayudará, y Saboya también. Soy de vuestro mismo parecer, Marqués; he de contribuir á la buena obra. Pero esta empresa exige dinero...

EL MARQUÉS.—Ya está preparado...

LA REINA.—Hay además un medio...

EL MARQUÉS.—¿Puedo, pues, darle esperanzas de una entrevista con V. M.?

LA REINA.—Quisiera pensarlo más despacio.

EL MARQUÉS.—Carlos esperará la respuesta, Señora... le he prometido llevársela. (Presentándola un velador con avios de escribir.)—Dos líneas bastan ahora.

LA REINA. (Después de haber escrito.)—¿Os volveré á ver?

EL MARQUÉS.—Siempre que V. M. lo mande.

LA REINA.—¿Siempre?... ¿Siempre que yo lo ordene?... Marqués, ¿cómo podré explicarme esa libertad?

EL MARQUÉS.—Tan sencillamente como sea posible á V. M. Disfrutamos de ese permiso... y basta... basta esto solo á mi Reina.

LA REINA. (Interrumpiéndole.)—¡Cuánto me regocijaría, Marqués, que la libertad en toda Europa hubiese encontrado aquí ese refugio! ¡Si por él se conservase!... ¡Contad con mi aprobación secreta!

EL MARQUÉS. (Con entusiasmo.)—¡Oh! Ya sabía yo... ya sabía que aquí sería comprendido... (La Duquesa de Olivares se presenta en la puerta.)

LA REINA. (Con frialdad al Marqués.)—Cuanto provenga del Rey, mi señor, se respetará por mi como una ley. Encargáos de manifestarle mi sumisión. (Le hace una señal, y el Marqués se va.)

## ESCENA IV.

Una galería.

CARLOS Y EL CONDE DELERMA.

CARLOS.—Aquí no nos molestan. ¿Qué tenéis que participarme?

EL CONDE.—V. A. contaba en la Corte con un amigo.

CARLOS. (Con sorpresa.)—Al cual no conocía... Y bien. ¿qué queréis dar á entender?

EL CONDE.—Entonces he de pedir os perdón, por saber yo más de lo que debiera. Sin embargo, tranquilícese V. A., porque ha llegado á mi noticia por conducto seguro, en una palabra, lo he averiguado por mi mismo.

CARLOS.—¿De quién se trata?

EL CONDE.—Del Marqués de Posa...

CARLOS.—¿Y qué?

EL CONDE.—Si por acaso sabe más de V. A. de lo que sería licito saber, como yo temo...

CARLOS.—¿Como teméis?

EL CONDE.—Estuvo con el Rey.

CARLOS.—¿Es verdad?

EL CONDE.—Dos horas largas, en conversación muy misteriosa.

CARLOS.—¿Es posible?

EL CONDE.—No se trataba de cosas insignificantes.

CARLOS.—Lo creo.

EL CONDE.—Oí pronunciar con frecuencia el nombre de V. A.

CARLOS.—No sería mala señal, sin duda.

EL CONDE.—Hoy también, en el dormitorio de S. M. el Rey, se ha hablado de la Reina de un modo muy enigmático.

CARLOS. (Retrocediendo asustado.)—¡Conde de Lerma!

EL CONDE.—Cuando sahó el Marqués, recibí la orden de dejarlo entrar en adelante sin obstáculo.

CARLOS.—Grave es esto, sin disputa.

EL CONDE.—Cosa nunca vista, señor, desde que sirvo al Rey.

CARLOS.—¡Grave, sí, grave verdaderamente!... ¿Y cómo? ¿Cómo decís que hablaron de la Reina?

EL CONDE. (Retrocediendo.)—¡No, Príncipe, no! Eso es contrario á mi deber.

CARLOS.—¡Es singular! Me decís una cosa, y me ocultáis otra.

EL CONDE.—Debía deciros la primera; la segunda corresponde al Rey.

CARLOS.—Tenéis razón.

EL CONDE.—Siempre he considerado al Marqués como un hombre de honor.

CARLOS.—Entonces lo habéis juzgado bien.

EL CONDE.—Inmaculada es toda virtud... hasta el momento de la prueba.

CARLOS.—La suya siempre.

EL CONDE.—El favor de un gran Monarca es para mí muy incierto. Virtudes muy rígidas han mordido este anzuelo de oro.

CARLOS.—¡Oh! Sí.

EL CONDE.—En ocasiones es prudente declarar lo que no puede quedar oculto.

CARLOS.—¡Sí, prudente! Sin embargo, según decís, siempre habéis tenido al Marqués por hombre de honor.

EL CONDE.—Si lo es todavía, en nada le ofende mi duda, y V. A. gana doble en este juego. (Hace ademán de irse.)

CARLOS. (Que le sigue conmovido y le estrecha la mano.)—Gano triple, noble y digno caballero... Soy más rico, porque, sin perder á un antiguo amigo, adquiero otro nuevo. (Vase Lerma.)

## ESCENA V.

CARLOS y EL MARQUÉS DE POSA, que entra por la galería.

EL MARQUÉS.—¡Carlos, Carlos!

CARLOS.—¿Quién me llama? ¡Ah! ¿Eres tú? En la mejor ocasión. Voy corriendo al convento. Sígueme pronto. (Quiere irse.)

EL MARQUÉS.—Sólo dos minutos... No te vayas.

CARLOS.—Si nos sorprenden...

EL MARQUÉS.—No; terminaré en un momento... La Reina...

CARLOS.—¿Has visto á mi padre?

EL MARQUÉS.—Sí; me mandó llamar.

CARLOS. (Con curiosidad.)—¿Y qué?

EL MARQUÉS.—A pedir de boca. Hablarás con ella.

CARLOS.—¿Y el Rey? ¿Qué pretende el Rey?

EL MARQUÉS.—¿El Rey? No mucho... Deseo de saber quién soy yo... efecto del celo indiscreto de algunos buenos amigos. ¿Qué sé yo? Me ha ofrecido colocarme á su servicio.

CARLOS.—Y tú lo has rehusado.

EL MARQUÉS.—Por supuesto...

CARLOS.—¿Y cómo os separasteis?

EL MARQUÉS.—Bastante bien.

CARLOS.—¿No se habló de mí?

EL MARQUÉS.—¿De tí? Sí, en general (Entrega al Príncipe un papel, que saca del bolsillo.) He aquí dos palabras, escritas por la Reina. Mañana sabré cuándo y en dónde...

CARLOS. (Que las lee, se guarda el papel, y hace ademán de irse.)—En casa del Prior me encontrarás.

EL MARQUÉS.—¿Espera! ¿Qué prisa tienes? Nadie llega.

CARLOS. (Con afectada sonrisa.)—¿Hemos trocado hoy los papeles? Observo que tu tranquilidad es sorprendente.

EL MARQUÉS.—¿Hoy? ¿Por qué hoy?

CARLOS.—¿Y qué me escribes la Reina?

EL MARQUÉS.—¿No acabas de leerlo ahora mismo?

CARLOS.—¿Yo? ¡Ah! Sí.

EL MARQUÉS.—¿Qué tienes? ¿Qué te sucede?

CARLOS. (Que lee de nuevo el papel; con fuego y entusiasmo.) ¡Ángel del cielo! Sí; yo quiero... yo quiero ser digno de tí... El amor aumenta la grandeza de las almas. Sea lo que fuere, yo obedezco, si tú mandas... Escribe que he de estar preparado á tomar una resolución importante. ¿A qué podrá aludir? ¿Lo ignoras?

EL MARQUÉS.—Y aunque lo supiera, ¿estarás tú dispuesto á oírlo?

CARLOS.—¿Te he ofendido acaso? Mi distracción... Perdóname, Rodrigo.

EL MARQUÉS.—¿Distruido? ¿Por qué?

CARLOS.—Por... yo mismo no lo sé. ¿Este papel es para mí?

EL MARQUÉS.—Enteramente, no... Al contrario, yo he venido para pedirte algún recuerdo tuyo.

CARLOS.—¿Mío? ¿Para qué?

EL MARQUÉS.—Y todas las bagatelas, que poseas y puedan caer en otras manos; cartas, retazos de papel escritos... en una palabra, cuanto tengas, tu cartera...

CARLOS.—Pero ¿con qué objeto?

EL MARQUÉS.—Para lo que pueda ocurrir. ¿Quién no está

expuesto á una sorpresa? Nadie los buscará en mí, si yo los tengo. ¡Dámelos!

CARLOS. (Muy inquieto.)—¿Es singular! ¿Por qué ahora, de repente, esta pretensión?

EL MARQUÉS.—Tranquilízate por completo. No me guía propósito alguno malévoló, no por cierto. Sólo es una precaución contra el peligro. Nunca creí, pues; nunca, en verdad, creí que esto pudiera asustarte.

CARLOS. (Dándole su cartera.)—Guárdala bien.

EL MARQUÉS.—Así lo haré.

CARLOS. (Con expresión.)—¡Mucho te doy, Rodrigo!

EL MARQUÉS.—No tanto como yo he recibido antes de tí... Suceda lo mismo con los demás, y ahora, adiós... ¡adiós! (Quiere irse.)

CARLOS. (Luchando consigo mismo, y llamándolo al fin.)—Dáme esas cartas por un momento. Hay una, entre ellas, que me escribió cuando estuve gravemente enfermo en Alcalá. Siempre la he llevado sobre mi corazón. Siento mucho separarme de ella. Déjamela... sólo esa... y llévate las demás. (La toma, y le devuelve la cartera.)

EL MARQUÉS.—Accedo contra mi voluntad, oh Carlos. Justamente era la carta que más necesitaba.

CARLOS.—¡Adiós! (Se aleja con lentitud; se detiene junto á la puerta, vuelve, y le da la carta.) Ahí la tienes. (Su mano tiembla; sus ojos se llenan de lágrimas; se abraza al Marqués, y oprime su pecho con el rostro.) Mi padre no será capaz de hacer esto. ¿No es verdad, querido Rodrigo, que esto no puede ser? (Vase corriendo.)

## ESCENA VI.

EL MARQUÉS, que asombrado lo sigue con los ojos.

¿Es posible? ¿Lo es? Así, ¿yo no lo conocía bien aún? ¿No del todo? ¿Este rincón de su pecho había escapado á mis pesquisas? ¿Desconfiado con su amigo? ¡No! ¿es una calumnia!... ¿Qué ha hecho para que lo acuse de debilidad, siendo yo más débil? Lo que le imputo, lo soy yo mismo... ¡Extrañeza! Sí, debe ser eso. ¿Cómo esperar de un amigo tan insólita resolución?... ¡Y afligirte! ¡No puedo menos de hacerlo, oh Carlos! Y he de atormentar más todavía tu alma bondadosa. El Rey se ha fiado de mí, confiándose su secreto más precioso, y esa confianza exige agradecimiento por mi parte. ¿Cuál será la utilidad de mi indiscreción, si mi silencio no ha de causarte pena alguna, y quizás te la ahorre? ¿A qué fin mostrar á quien duerme la nube tempestuosa que lo amenaza?... Basta que yo la aleje de ti poco á poco, y que, al despertar, esté sereno el cielo.  
(Vase.)

## ESCENA VII.

El gabinete del Rey.

EL REY, sentado en un sillón, y á su lado LA INFANTA CLARA EUGENIA.

EL REY. (Después de un profundo silencio.)—¡No! Es, sin duda, mi hija... ¿Cómo ha de mentir la naturaleza con tanta verdad? Estos ojos azules son los míos. ¿No me veo retra-

tado en todas sus facciones? ¡Sí, tú eres la hija de mi amor! Yo te estrecho contra mi corazón... tú eres mi sangre. (Se detiene de improviso.) ¡Mi sangre! ¿Qué cosa peor puedo temer? ¿No son también las tuyas mis facciones? (Toma el retrato en sus manos, y mira alternativamente á su imagen y al espejo de enfrente; al cabo lo tira en tierra, se levanta con rapidez, y rechaza á la Infanta.) ¡Lejos, lejos! ¡En este abismo sucumbo!

## ESCENA VIII.

EL CONDE DE LERMA y EL REY.

EL CONDE.—S. M. la Reina, Señor, acaba de entrar en la antesala.

EL REY.—¿Ahora?

EL CONDE.—Y pide la gracia de ser oída.

EL REY.—Pero ¿ahora? ¿ahora? ¿En esta ocasión intempestiva?... ¡No!... Ahora no puedo hablarle.

EL CONDE.—Aquí está ya S. M. en persona. (Vase.)

## ESCENA IX.

EL REY.—LA REINA, que entra.—LA INFANTA. Esta corre al encuentro de su madre, y no se separa de ella. La Reina se arrodilla delante del Rey, que permanece mudo y atónico.

LA REINA.—Esposo y dueño mío... me veo... me veo obligada á la fuerza á pedir justicia á los pies del trono.

EL REY.—¿Justicia?

LA REINA.—Trátaseme de un modo indigno en esta Corte. Mi secreter ha sido abierto con violencia...

EL REY.—¿Cómo?

LA REINA.—Y objetos de gran valor para mí han sido robados...

EL REY.—¿De gran valor para vos?

LA REINA.—Por la interpretación que la temeridad de una persona ignorante podría hacer acaso...

EL REY.—Temeridad... interpretación... sin embargo, levantaos.

LA REINA.—No antes que vos, esposo mío, me hayáis prometido emplear vuestro poder real en darme la satisfacción debida; porque si no, he de alejarme de una Corte que ofrece asilo á un ladrón.

EL REY.—¡Pero levantaos!... esa actitud... ¡levantaos!

LA REINA. (Que se levanta.)—Que el criminal es de un rango elevado, lo sé... porque había también en la cajita más de un millon en perlas y diamantes, y sólo ha robado las cartas...

EL REY.—Que yo, sin embargo...

LA REINA.—Con toda mi voluntad, esposo mío. Eran cartas y un retrato del Infante...

EL REY.—Del...

LA REINA.—Del Infante, vuestro hijo.

EL REY.—¿En vuestro poder?

LA REINA.—En el mío.

EL REY.—¿Del Infante? ¿Y me lo decís así?

LA REINA.—¿Y por qué no á vos, esposo mío?

EL REY.—¿Con ese aplomo?

LA REINA.—¿Y os sorprende? Creo que os acordaréis de las cartas, que me escribió Carlos á San Germán, con anuencia de ambas Cortes. Si el retrato, que las acompañaba, estaba comprendido también en ese permiso, ó si la vehemencia de sus deseos lo impulsaron á dar ese paso

atrevido... no podré decidirlo... Si mostré en ello indiscreción, de seguro era muy perdonable... yo lo garantizo. Nunca podía presumir entonces que yo hubiese de ser su madre... (El Rey hace un movimiento, que ella nota.) ¿Qué es esto? ¿Qué tenéis?

LA INFANTA. (Que ha encontrado el retrato en el suelo, y después de jugar con él, lo entrega á su madre.)—¡Ah! ¡Mira, mamá! ¡Qué bonito retrato!

LA REINA.—¿Cómo, pues? Mi... (Conoce el retrato, y se queda muda. Ambos se miran fijamente, después de una larga pausa.) En verdad, señor. Este medio de probar á vuestra esposa me parece muy noble y elevado... Sin embargo, ¿me es lícito hacer una pregunta?

EL REY.—A mí es á quien corresponde interrogar.

LA REINA.—Mis sospechas, no obstante, no deben ofender al inocente... Si ese robo se ha cometido por vuestra orden...

EL REY.—Sí.

LA REINA.—Entonces á nadie debo acusar ya, ni compadecerme de nadie... de nadie, más que de vos, cuya esposa no merecía que se empleasen con ella tales medios.

EL REY.—Conozco ese lenguaje... Pero, señora, no se me engaña dos veces, como me engañasteis ya en Aranjuez. A esa Reina, pura como un ángel, que se defendía con tanta dignidad... la conozco mejor ahora.

LA REINA.—¿Qué significa esto?

EL REY.—¿En pocas palabras, y sin reticencia alguna, señora! ¿Es verdad, lo es que no hablasteis allí con nadie? ¿Es realmente verdad?

LA REINA.—Hablé allí con el Infante. ¡Sí, hablé!

EL REY.—Entonces, es claro, es manifesto. ¡Tanta osadía, tan poco recato, tratándose de mi honor!

LA REINA.—¿De vuestro honor? Si éste se hallaba en pe-



ligro, era, según creo, más sagrado el que se arriesgaba, que el que me dió Castilla en dote.

EL REY.—¿Y por qué me lo negasteis?

LA REINA.—Porque no estoy acostumbrada, señor, á que se me interrogue como á un criminal delante de la Corte. Jamás negaré la verdad, cuando se me pregunte con bondad y cortesía... ¿Fué así el tono empleado por V. M. en Aranjuez? La grandeza de España reunida, ¿es por ventura el tribunal, ante quien la Reina ha de dar cuenta de sus actos? Yo accedí á esa entrevista con el Príncipe, por pedirle él con instancia. Y lo hice porque quise... porque nunca toleraré que el uso sea el juez, que condene cosas inocentes... y lo callé á V. M., porque no me agradaba disputar con mi Rey sobre esto ante las personas de su séquito.

EL REY.—Habláis con mucho atrevimiento, señora...

LA REINA.—Y añadiré además, porque el Infante encuentra á duras penas en el corazón de su padre la estimación que merece...

EL REY.—¿Que merece?

LA REINA.—¿Por qué ocultároslo, señor?... Yo le aprecio mucho, y le amo como á mi más caro pariente, como el que fué considerado digno un día de llevar el nombre, que más me interesaba... Aun no he podido acostumbrarme á considerarlo como á un sér más extraño que los demás para mí, por lo mismo que antes me había sido más simpático que otro cualquiera. Si vuestras máximas políticas pueden formar lazos cuando lo juzgáis útil, es aún más difícil para V. M. el romperlos después de formados. No quiero odiar á quien debo... Y ya que se me obliga á hablar... no quiero... que mi inclinación sea refrenada por más tiempo...

EL REY.—¿Isabel! Me habéis visto en momentos de debilidad y humana flaqueza, y este recuerdo os inspira atrevimiento. Os fiáis del poder absoluto, que habéis ejercido

alguna vez en mi firmeza... Pero temed más por lo mismo. La causa de mi debilidad puede llevarme á la locura.

LA REINA.—Pero ¿qué he hecho yo?

EL REY. (Que coge su mano.)—Si es que... entonces... ¿pero no lo es ya?... Si la medida de vuestras culpas está llena; si rebosa, y el más ligero soplo la vierte... si soy yo engañado... (Suelta su mano.) Puedo dominar aún esta última flaqueza... Puedo y quiero hacerlo... ¡Ay de tí y de mí en ese caso, Isabel!

LA REINA.—Pero ¿cuál es mi delito?

EL REY.—La sangre correrá entonces...

LA REINA.—¿Tan lejos estamos ya, Dios mío!

EL REY.—No me conozco á mí mismo... no respeto ninguna ley, ninguna voz de la naturaleza, ningún pacto internacional...

LA REINA.—¿Cuánto compadezco á V. M.!

EL REY. (Fuera de sí.)—¡Compasión! ¡Lástima de una mujer impúdica!...

LA INFANTA. (Que se agarra asustada á su madre.)—El Rey se enfada, y mi querida madre llora. (El Rey la separa violentamente de la Reina.)

LA REINA. (Con dulzura y dignidad, pero con acento trémulo.)—Sin embargo, yo debo preservar esta niña de malos tratamientos. Ven conmigo, hija mía. (La toma en sus brazos.) Si el Rey no quiere ya conocerte, me veré en la necesidad de llamar allende el Pirineo á quienes nos protejan. (Intenta irse.)

EL REY. (Turbado.)—¡Señora!

LA REINA.—No puedo más... esto es demasiado. (Al abrir la puerta, cae en tierra con la niña.)

EL REY. (Corriendo, lleno de confusión.)—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

LA INFANTA. (Muy asustada.)—¡Ay de mí! ¡Mi madre tiene sangre! (Vase apresuradamente.)

EL REY. (Con ansiedad, junto á la Reina.)—¡Qué terrible accidente! ¡Sangre! ¿He merecido que me castigéis con tanta crueldad? ¡Levantaos!... ¡Que viene gente! ¡Van á sorprendernos!... ¡Levantaos! ¡Toda mi corte ha de disfrutar de este espectáculo? ¿Es menester suplicaros que os levantéis? (Levántase la Reina, apoyada en el Rey.)

## ESCENA X.

LOS MISMOS; EL DUQUE DE ALBA Y EL PADRE DOMINGO, que entran inquietos, en compañía de algunas damas.

EL REY.—Que se lleven á la Reina á su aposento. Está mala. (Desaparece la Reina con las damas. El Duque de Alba y el Padre Domingo se acercan al Rey.)

EL DUQUE.—¿La Reina llorando, y el rostro ensangrentado?...

EL REY.—¿Admira esto á los demonios que me han extraviado hasta ese extremo?

EL DUQUE DE ALBA Y EL PADRE DOMINGO.—¿Nosotros?

EL REY.—¿Que me han dicho lo bastante para hacerme perder la razón, y nada para convencerme?

EL DUQUE.—Dimos cuanto teníamos.

EL REY.—¿Que el infierno os lo pague! Me arrepiento de lo que he hecho. ¿Era ése el lenguaje de una conciencia culpable?

EL MARQUÉS DE POSA. (Desde fuera.)—¿Se puede hablar al Rey?

## ESCENA XI.

LOS MISMOS Y EL MARQUÉS DE POSA.

EL REY. (Conmovido al oírlo, y dando algunos pasos para salirle al encuentro.)—¡Ah! ¡Es él! ¡Bien venido seáis, Marqués!... No os necesito ahora, Duque. Dejadnos. (El Duque y el padre Domingo se miran atónitos en silencio, y se van.)

## ESCENA XII.

EL REY Y EL MARQUÉS DE POSA.

EL MARQUÉS.—Duro es despedir de ese modo, oh señor, al anciano que en veinte batallas se ha expuesto á la muerte por V. M.

EL REY.—Os conviene pensar como lo hacéis, y á mí obrar á mi manera. Lo que en pocas horas habéis hecho por mí, no lo ha hecho él en toda su vida. No quiero disimular mi benevolencia. El sello de mi favor real ha de brillar claro y á lo lejos en vuestra frente. Deseo que sea envidiado el hombre elegido para amigo mío.

EL MARQUÉS.—Y es lo que sucederá, cuando sólo el velo de la oscuridad podría hacerlo digno de ese nombre.

EL REY.—¿Qué me traéis?

EL MARQUÉS.—Al atravesar yo la antecámara, oí un rumor terrible, al cual no quise dar crédito... Un vivo alboroto... Sangre... la Reina.

EL REY.—¿Venís de allí?

EL MARQUÉS.—Deploraría en el alma que ese rumor fuese fundado, que VV. MM. hubiesen tenido algún disgusto... Descubrimientos importantes, que he hecho, cambian por completo la faz de las cosas.

EL REY.—¡Oigamos!

EL MARQUÉS.—He tenido ocasión de sustraer la cartera del Príncipe con algunos papeles, los cuales, según creo, podrán dar alguna luz... (Da al Rey la cartera de Carlos.)

EL REY. (Que los examina con curiosidad.)—Un escrito del Emperador, mi padre... ¿Cómo? No me acuerdo de haber oído hablar nunca de él. (Lo lee, lo pone aparte, y continúa con los demás papeles.) Plan de una fortificación... Pesamientos escogidos de Tácito... ¿y qué más es esto?... ¡Pareceme que conozco esta letra! Es de una dama. (Lee atentamente, primero en voz alta y luego en voz baja.) «Esta llave... la del pabellón de la Reina, y su último gabinete...» ¡Ah! ¿Qué es esto? «Aquí habrá libertad para el amor... Votos cumplidos... Grata recompensa...» ¡Traición infernal! ¡Ahora conozco la letra! ¡Ella es!

EL MARQUÉS.—¿De la Reina? Imposible...

EL REY.—De la Princesa de Éboli...

EL MARQUÉS.—Entonces era verdad lo que me confesó no ha mucho el paje Henares, portador de la carta y de la llave.

EL REY. (Cogiendo la mano del Marqués, muy conmovido.)—Me veo, Marqués, en una situación terrible. Esta mujer... quiero confesarlo... Marqués, esta mujer ha abierto con violencia la cajita de joyas de la Reina. Suyo fué el primer aviso... ¿Quién dirá cuánto sabe el monje sobre el asunto?... ¡He sido engañado por una trama infame!

EL MARQUÉS.—Entonces sería feliz casualidad...

EL REY.—¡Marqués, Marqués! Comienzo á temer que he ido más allá de lo debido con la Reina...

EL MARQUÉS.—Si entre la Reina y el Príncipe ha habido

algo secreto, era seguramente de muy diversa... de muy diversa índole de lo que se les imputa. Tengo noticia de que el deseo del Príncipe de ir á Flandes surgió antes en la mente de la Reina.

EL REY.—Siempre lo he creído.

EL MARQUÉS.—La Reina tiene ambición... ¿Diré más?... Con sentimiento ve que ha sido defraudada en sus esperanzas orgullosas, y excluida de toda participación en el gobierno. La fogosa juventud del Príncipe se ha ofrecido á sus grandes proyectos... su corazón... Dudo que ella pueda amar.

EL REY.—Sus planes políticos no me hacen temblar.

EL MARQUÉS.—¿Si es amada?... ¿Si nada peor se puede temer del Infante? Esta cuestión, á mi juicio, es digna de examen. Aquí, creo yo, es preciso ejercer una atenta vigilancia.

EL REY.—Si me respondéis de él...

EL MARQUÉS.—Si V. M. me conceptúa capaz de desempeñar ese cargo, le ruego que incondicionalmente y por entero lo deje á mi cuidado.

EL REY.—¡Así será!

EL MARQUÉS.—Por lo menos, que ningún auxiliar, sea el que fuere, venga después á interrumpirme en mi tarea...

EL REY.—Ninguno. Os lo prometo. Sois mi buen ángel. ¡Cuanto os agradezco esta indicación! (Al Conde de Lerma, que ha entrado mientras tanto.) ¿Cómo habéis dejado á la Reina?

EL CONDE.—Muy fatigada todavía de su desmayo. (Mira con desconfianza al Marqués, y se va.)

EL MARQUÉS. (Al Rey, después de una pausa.)—Una precaución estimo necesaria. Es posible que lo digan al Príncipe. Tiene muchos buenos amigos... quizás relaciones con los rebeldes de Gante. El miedo es consejero ordinario de resoluciones extremas. Mi parecer es, por tanto, preve-

nir esta eventualidad probable con un remedio rápido.

EL REY.—Tenéis razón sobrada. Pero cómo...

EL MARQUÉS.—Un mandamiento secreto de prisión que ponga V. M. en mis manos, para utilizarlo en el momento del peligro... y... (El Rey se detiene, como reflexionando.) Y sería desde luego un secreto de estado, hasta que...

EL REY. (Dirigiéndose á su escritorio, y escribiendo la orden de arresto.)—El Imperio está en peligro... Lo inminente del riesgo exige medidas extraordinarias... He aquí, Marqués... Excuso recomendaros los miramientos debidos...

EL MARQUÉS. (Tomando la orden escrita.)—Sólo para un caso extremo, señor.

EL REY. (Poniéndole su mano en el hombro.)—¡Andad, andad, querido Marqués!... Proporcionad descanso á mi espíritu, y sueño á mi cuerpo. (Vanse ambos en opuestas direcciones.)

### ESCENA XIII.

Galería.

CARLOS, que llega muy agitado, y EL CONDE DE LERMA, que sale á su encuentro.

CARLOS.—Os busco ahora mismo.

EL CONDE.—Y yo á V. A.

CARLOS.—¿Es verdad? ¡Por Dios! ¿Es verdad...

EL CONDE.—¿Qué?

CARLOS.—...que ha esgrimido su puñal contra ella? ¿Que ha salido llena de sangre de su aposento? Respondedme ¡por todos los santos! ¿Qué he de creer? ¿Qué hay de verdad en esto?

EL CONDE.—Que se desmayó, y se hirió al caer. Nada más hay.

CARLOS.—¿No hay peligro ninguno para ella? ¿No lo hay? Por vuestro honor, ¿no corre peligro?

EL CONDE.—La Reina, no... pero V. A. está gravemente amenazado.

CARLOS.—¿Está mi madre en salvo? Entonces, ¡gracias sean dadas á Dios! Había llegado á mis oídos un rumor horrible; decíase que el Rey se había encolerizado con su esposa y su hija por haberse descubierto un secreto.

EL CONDE.—Pudiera ser cierta la última parte...

CARLOS.—¿Cierto? ¿Qué decís?

EL CONDE.—Hoy, oh Príncipe, reitero á V. A. un aviso, que antes despreciasteis. Aprovechad mejor el segundo.

CARLOS.—¿Cómo?

EL CONDE.—Si yo no me equivoque, hace pocos días ví en las manos de V. A. una cartera de terciopelo azul, bordada de oro...

CARLOS. (Algo sorprendido.)—Sí, la mía es semejante á esa... Bueno, ¿y qué?

EL CONDE.—En la tapa, según creo, tiene un retrato con un cerco de perlas...

CARLOS.—Justamente.

EL CONDE.—Al entrar yo inesperadamente hace poco en la habitación de S. M. el Rey, he creído ver en sus manos esa misma cartera, y al Marqués de Posa á su lado.

CARLOS. (Después de un momento de ansiedad, sorprendido.)—Eso no es verdad.

EL CONDE. (Ofendido.)—O lo que es lo mismo, que yo miento.

CARLOS. (Mirándolo con fijeza.)—¡Sí, mentís!

EL CONDE.—¡Ah! Yo perdono á V. A.

CARLOS. (Que se pasea muy inquieto, y al fin se para frente al Conde.) ¿Qué mal te ha hecho? Nuestra unión inocente ¿qué

es para que tú, con actividad infernal, trabajes sin descanso en desbaratarla?

EL CONDE.—Respeto, oh Príncipe, el dolor que os hace injusto.

CARLOS.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Librame de esta sospecha!

EL CONDE.—Recuerdo también ahora las palabras que pronunciaba el Rey al entrar yo: «¡Cuánto os agradezco la noticia que me traéis!»

CARLOS.—¡Callad, callad!

EL CONDE.—El Duque de Alba ha perdido el favor de S. M...; se ha despojado del sello real al Príncipe Ruy-Gómez, y se encomienda al Marqués...

CARLOS. (Absorbido en sus cavilaciones.)—¿Y nada me dijo? ¿Por qué no me lo declaró?

EL CONDE.—Toda la Corte lo mira ya como á ministro todopoderoso; como á favorito absoluto...

CARLOS.—Me ha amado, me ha amado mucho. Me quería como á las niñas de sus ojos. Bien lo sé... me lo ha demostrado con pruebas innumerables. Sin embargo, ¿no han de serle más caros que uno solo millones de hombres y su patria? Su corazón es demasiado grande para un amigo único, y la dicha de Carlos harto insignificante para su amistad. Me ha sacrificado en aras de su virtud. ¿Me es lícito censurarlo?... ¡Si, es cierto! ¡Ahora es cierto! Ahora ya lo he perdido. (Se va aparte, y se cubre el rostro.)

EL CONDE. (Después de una pausa.)—Príncipe bendadoso, ¿qué puedo hacer en obsequio de V. A?

CARLOS. (Sin mirarlo.)—Presentaros al Rey, y hacerme también traición. Nada tengo que dar.

EL CONDE.—¿Os proponéis esperar lo que ha de suceder?

CARLOS.—(Que se apoya en la barandilla y mira fijamente al suelo.)—¡Lo he perdido! ¡Oh! ¡Ahora sé que me ha abandonado para siempre!

EL CONDE. (Que se acerca á él con visible interés.)—¿Y no pensáis en salvaros?

CARLOS.—¿En salvarme? ¡Excelente hombre!

EL CONDE.—¿Y no hay nadie... nadie por quien no debáis temblar tampoco?

CARLOS. (Con exaltación.)—¡Dios mío! ¿Por qué me lo recordáis?... ¡Mi madre! ¡La carta que yo le entregué!... Y no quería dejársela, y al cabo se la di. (Se pasea muy conmovido, retorciéndose las manos.) ¿Por qué ha de ser tratada así por él? ¡A ella debiera haberla eximido de este peligro! ¿No es verdad, Conde de Lerma? (De repente, con resolución.) Menester es que yo la vea... y advertirla, y prepararla... ¡Conde, querido Conde! ¿De quién me valgo? No hay nadie que lo haga. ¡Loado sea Dios! Ni un amigo... ¡y no hay tiempo que perder! (Vase.)

EL CONDE. (Que lo sigue y lo llama.)—Príncipe, ¿adónde vais? (Vase.)

#### ESCENA XIV.

LA REINA, EL DUQUE DE ALBA Y EL PADRE DOMINGO.

EL DUQUE.—Si nos es permitido, oh gran Reina...

LA REINA.—¿En qué puedo servirlos?

EL PADRE DOMINGO.—Nuestro honrado afecto á la augusta persona de V. M. no nos consiente callar un hecho que amenaza á vuestra seguridad.

EL DUQUE.—Nuestro objeto, al apresurarnos de este modo, es desbaratar con un aviso oportuno una trama urdida contra V. M.

EL PADRE DOMINGO.—Y ofrecer á los pies de V. M... nuestro celo y nuestros servicios.